

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, x, 11-17.)

**Precio de nuestra alma segun nuestro divino Salvador; El poco aprecio que nosotros mismos hacemos de ella.**

TEXTO. *Animam meam pono pro ovibus meis.* Doy mi vida por mis ovejas.

EXORDIO. Hermanos míos, existen bajo la ciudad de Roma inmensas catacumbas, de las cuales se extrajo antiguamente arena y otros materiales con objeto de construir sus edificios. Es aquello en cierto modo una ciudad subterránea, en medio de la cual se extraviaría el explorador, si no iba guiado por un práctico seguro y conocedor de estos lugares... Allí fueron enterrados los restos de millares de mártires! Allí los cristianos, perseguidos durante los primeros siglos de la Iglesia, se refugiaban, con objeto de recibir de nuestra santa religión los socorros, de que necesitaban. Se enseña aun en nuestros días el sitio, en donde, guiados por un traidor, los soldados mataron cruelmente al papa san Estéban, mientras celebraba los santos misterios.. Él mezcló su sangre con la de la augusta Víctima, que acababa de inmolar sobre el altar... Pues bien; la imagen, que se encuentra con más frecuencia en aquellos lugares, que sirvieron, por decirlo así, de cuna al Cristianismo, es la imagen del buen Pastor... Ya se le representa trayendo sobre sus espaldas la oveja extraviada, ya tomándola con cariño en sus brazos y conduciéndola amorosamente al redil. Allí se ve la exacta reproducción del Evangelio de este día!... Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas, pero el asalariado, que no es pastor, viendo el lobo que viene, dejalas ovejas y huye; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. Así el asalariado huye, porque es asalariado y no tiene cuidado

de las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen; como el Padre me conoce y yo conozco al Padre, y entrego mi vida por mis ovejas. Tambien tengo otras ovejas, que no son de este redil; á éstas tambien me conviene traer, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. »

Porqué, hermanos míos, entre tantas representaciones interesantes, que podría suministrar la vida de nuestro Salvador, sólomente la imagen del buen Pastor es la imagen preferida?... ; Ah, creo encontrar la razon! Aquellos cristianos de los primeros siglos, expuestos á todas horas á derramar su sangre, antes que renegar de su fé, necesitaban un recuerdo, una imagen que los reanimase en los momentos de debilidad. Por eso el buen Pastor, guiando no solamente la oveja extraviada, sino que tambien dando su vida por todas las ovejas, les recordaba el amor de nuestro Salvador, estimulándolos á entregar su vida, antes que abandonar al divino Maestro.

PROPOSICIÓN. A propósito de esta Parábola del buen Pastor, que da su vida por sus ovejas, quisiera, hermanos míos, demostraros lo que valen nuestras almas, por las cuales ha dado Jesucristo la vida, y como por desgracia olvidamos con frecuencia el gran valor que tienen éllas ante Dios.

DIVISIÓN. Así pues, trataré de demostraros; *en primer lugar*: el precio de nuestra alma; *y en segundo lugar*; lo poco que nosotros mismos la apreciamos.

*Primera parte.* Amados hermanos míos, habeis notado sin duda lo que dice nuestro divino Salvador en el Evangelio de este día:

*Yo soy el buen Pastor; yo doy mi vida por mis ovejas.* ¿Es necesario explicaros lo que Él entiende por sus ovejas? ¿Hay necesidad asimismo de demostraros, como, en efecto, ha dado su vida por éllas? ; Oh, cristianos, que me escuchais, tanto los que entre vosotros se hallan en la flor de su vida, como los que, siendo de avanzada edad, se hallan al borde del sepulcro; el rico como el pobre, y el criado como el dueño, en una palabra, todos los que hemos sido bautizados, somos esas ovejas, de que habla nuestro divino Salvador... Pues bien; este buen Pastor ¿ha dado

en realidad su vida por sus ovejas? ¿Es verdad que ha muerto por nosotros? Hace unos quince días, os decíamos lo que hizo, cuanto sufrió, y como realmente había muerto por nosotros! Amados hermanos míos, interroguemos por un momento á nuestra conciencia... Reflexionemos dos minutos seriamente. ¿Porqué ha venido á la tierra, Jesucristo, el Hijo de Dios, la segunda Persona de la santísima Trinidad? Decidme, ¿porqué ha sufrido las humillaciones del pesebre en Belen, y las privaciones del destierro en Egipto?... Porqué hizo vida pobre y oculta en Nazaret?... ¿Porqué se impuso la penosa misión de predicar el Evangelio durante tres años en medio de las contradicciones y calumnias de sus enemigos? Y sobre todo ¿porqué sufrió una muerte tan afrentosa y los tormentos horribles, que la precedieron? Contestadme vosotros mismos!... ¡Ah, amados hermanos míos, ¿lo habeis pensado bien? Por salvar á nuestras almas!... Por débiles, pobres y humildes que seamos, ved lo que Jesucristo ha hecho y ha sufrido por el menor de entre nosotros. ¡Cuánto valor tienen nuestras almas ante sus ojos!... Cuánto las estima, y á que caro precio las ha rescatado de la muerte!...

¡Pero entremos en detalles, fijémonos mas en este pensamiento, por que tal vez no lo hayamos comprendido.

O Dios mio! ó Jesús mio, bendito seais para siempre! Cuánto nos habeis amado, y sufrido para rescatarnos! 1

Imaginaos, hermanos míos, esta balanza eterna, en la cual un Dios todopoderoso pesa y aprecia las cosas... Hé aquí de un lado las lágrimas del niño Jesús, su pobreza y las persecuciones, que sufre; poned en la otra parte vuestra alma: ésta pesa más, es decir vale más aun. Pero todavía no basta esto para élla á los ojos de Dios!... ¡O Jesús, haced milagros, pasad las noches orando, sembrad por donde vayais, la caridad y los beneficios; ayunad, sufrid, enseñad!... Todas estas obras las veo en la balanza, y sin embargo, mi alma pesa más ¡y no basta esto para élla! Pues bien.

1. Cf. Hayneuve. *Meditación para el domingo del buen Pastor*, y las de la xxxª semana despues de Pentecostes, que se refieren á este Evangelio.

hermanos míos, pongamos á un lado la corona de espinas, el cetro ridiculo, y las insignias de locura, con que Herodes revistió á nuestro Jesús; añadamos las ultrajes, los insultos que se le infirieron durante la Pasión, los azotes y salivazos, la preferencia de Barrabás!... ¡Oh esto es bastante, ¿no es verdad? ¡Nuestra alma no vale tanto! ¿Pero, qué digo? élla pesa más!... Cómo! Cristianos, valemos más todavía! Angel de la Pasión, descendiende á la tierra y pon lo que falta! Pero no, vos mismo lo pondréis, mi adorable Salvador. Los clavos, la hiel, la cruz, la lanza, vuestro cuerpo ensangrentado, y las lágrimas de vuestra piadosa madre, todo esto puesto en un platillo de la balanza, y en el otro mi alma, creo, ó Jesús mio, que es demasiado. ¡O buen Pastor, ni la mejor de vuestras ovejas podría nunca merecer lo que habeis hecho por élla!... Dios amoroso, ¡qué valor tan grande tienen á vuestros ojos nuestras almas, y cuánto las habeis amado!...

Amados hermanos míos, la vida, las humillaciones, los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios hecho hombre, todo esto es lo que valen nuestras almas ante la Santísima Trinidad, y segun la apreciación del divino Pastor! ¡O Dios mio! ¿Cómo podemos contener nuestras lágrimas? ¡Cuánta bondad! No he acabado todavía... Hay más aun! Más todavía!... Qué vais á decir? ¿Cómo? No contento con morir por nuestras almas, Jesucristo ha querido instituir sus admirables sacramentos, y permanecer siempre en este santo altar, en la adorable Eucaristía!... ¡Ah, abrid este tabernáculo, añadid el copon sagrado y á Jesús que está dentro, Jesús bajo las adorables especies; añadidlo, digo, á la corona de espinas, á los clavos, á la cruz, á la sangre que ha derramado, y en el otro platillo de la balanza, poned vuestra alma, ó el alma del más humilde y despreciado.... Ahora el equilibrio estará completo!... «Pobre alma mia! levántate mira lo que vales y pesas!...» *Anima erige te, tanti vales* 1.

*Segunda parte.* Sí, hermanos míos, hé aquí el precio y valor de nuestra alma ante los ojos de nuestro buen Pastor. «¡Ah,

1. San Agustin, *Discurso sobre el Salmo cii*, t. XIV, p. 233, edición Vivés.

exclama san Pedro, dirigiéndose á los primeros fieles, no habeis sido rescatados con oro, ni con plata, ni con los bienes frágiles y pasajeros de este mundo. No, sino que ha sido con la sangre, que ha derramado por nosotros nuestro Señor, el Cordero immaculado <sup>1</sup>. » Y san Pablo dirigiéndose á los Corintios, les decía estas palabras, que quiero repetiros : « Bendecid á Dios, hermanos míos, sedle fieles, llevadle en vuestro corazon, por que le perteneceis y os ha comprado á gran precio : *Redempti estis pretio magno* <sup>2</sup>. » Si es así, hermanos míos, que nuestra alma tiene tan gran valor ante Dios, ¿ no es incomprendible el que en tan poco aprecio la tengamos ?

Entremos en algunos detalles. Decidme, en todas las cosas ¿ no preferimos lo mejor y más hermoso, siendo esto el objeto de nuestra elección, cuando podemos conseguirlo ? Supongamos que se trate de un vestido; procuraremos que sea lo más cómodo posible ; si tiene manchas, se las quitaremos, evitando asimismo que tenga rasgones... si se tratara de una casa, procuraríamos encontrarla hermosa. En una palabra, en todo aquello que es de nuestro uso, como camas, muebles, sillas y hasta en los mismos libros que traemos á la Iglesia, preferimos lo mejor y más cómodo, y tratamos de procurárnoslo segun nuestras facultades... Lo hacemos así con nuestra alma ? ¿ Deseamos verdadera y eficazmente, que ésta se presente pura, hermosa, inocente é immaculada ante Dios ? Sabemos que el ménor pecado tizna su belleza, y que toda ofensa grave y mortal le quita la gracia, volviéndola fea y asquerosa á los ojos del Señor, y, sin embargo, no tenemos cuidado, no hacemos ningun esfuerzo por conservarla pura é intacta ante Dios ! Qué digo ? Por nuestra propia voluntad, obedeciendo á nuestras malas costumbres la ensuciamos y envilecemos ante Dios. ¡ Qué dolor para el corazon de Jesús !... ! Qué pena para este buen Pastor, que ama tanto á nuestras pobres almas y quisiera estar siempre dentro de ellas ! ¡ Pobre alma, nos dice, tus faltas te han ensuciado, y te encuentras llena de inmundicias. Cuán vil y as-

1. I<sup>a</sup> Epist., I, 18. — 2. I<sup>a</sup> Epistola á los Corintios, VI, 20.

querosa te has hecho, al mancharte nuevamente, recayendo en tus pecados y volviéndote á los senderos del vicio ! !...

Supongamos, cristianos, que está en nuestra mano el proporcionarnos robusta salud, ilustrarnos en la ciencia, conseguir fortuna, crédito y honores ; y que gustosos y por nuestra propia culpa perdiésemos la reputación, la fortuna y tomásemos asimismo alimentos nocivos y venenosos, para perjudicarnos, ¿ qué se diría entónces de nosotros ?... ¿ No se nos trataría con razon de insensatos ?...

Pero, hermanos míos, depende de nosotros, ayudados de la gracia, que Dios no niega nunca, cuando se la pedimos con humildad, depende, digo, de nosotros el enriquecer nuestra alma de todos aquellos dones, que pueden hacerla amada de Dios, contribuyendo á su perfección ; y nosotros ni siquiera pensamos en éello, permaneciendo con respecto á este punto en la más completa indiferencia !... ¡ Oh, cuán poco comprendemos el valor de nuestras almas !... « He pasado, dice el Sabio, por el campo del perezoso y la viña del hombre indiferente ; y he visto que estaban cubiertos de zarzas y ortigas <sup>2</sup>. » Ángel de la guarda, que nos acompañais sin cesar, vos podríais decir en que estado se encuentran nuestras almas, y si por desgracia no son éllas muy parecidas á la viña y campo del perezoso !... ¿ El orgullo, la impureza, la avaricia, la envidia, la codicia, el olvido de Dios y la indiferencia en cumplir nuestros deberes no han invadido nuestras almas como otras tantas yerbas dañinas y venenosas ?... ¡ Y qué desgraciados somos ; pues no nos cuidamos de arrancarlas !

Despreciamos á estas almas, que tanto valor tienen para Dios, y las tratamos como á esos campos estériles y sin ningun valor que, lejos de cultivarse, se los deja abandonados.

¡ Oh, hermanos míos, comprendamos mejor el precio de nuestras almas, veamos su noble origen ; pues están hechas á imagen de Dios. Reconozcamos su dignidad y valor ; pues están rescata-

1. Jerem., II, 36.

2. Prov., XXIV, 31.

das por la sangre de un Dios Salvador. Pero, sobre todo, reflexionemos como ha de acabar para nosotros esta funesta indiferencia. ¡ Ah! ya los sabeis, acaba con la pérdida de nuestras almas por toda una eternidad. Cuéntase, que yendo el príncipe Lesimaco á combatir contra los Tracios, fué sitiado con su ejército en un elevado monte. Rendido por la sed, se vió en la necesidad de entregarse.

Se le dió un vaso de agua que bebió con avidez. Despues de haberla bebido, y mirando la copa vacía, exhaló un profundo suspiro, diciendo : « ¿ Qué he hecho, dioses inmortales ! » ¡ Un reinado por un vaso de agua !... » Y empezó á llorar amargamente...<sup>1</sup> ¡ Ah, pobres pecadores ! así llorarémos nosotros tambien un día, al ver el poco aprecio que hacemos de nuestras almas, y la nada de las cosas, por las cuales sacrificamos nuestra salvación... ¡ Qué he hecho ! dirémos tambien nosotros ; he perdido el cielo y la dicha eterna por un asqueroso y momentáneo placer ; he perdido mi alma tan preciosa y amada, por conseguir bienes fugaces, que sólo eran lodo que la ensuciaban. Pensemos, pues, en é llo ahora que tenemos tiempo, porque luego nuestras lágrimas serán vanas y estéril nuestro sentimiento !...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, un día san Agustin, considerando la bondad y misericordia de Dios, recordando con que inefable amor Jesucristo había librado su alma del pecado, exclamaba en medio de los transportes de alegría y reconocimiento : « ! Oh alma mía, tu que gozas de una noble semejanza con Dios, tú que has sido rescatada por la sangre del Salvador, tu que por la fé has llegado á ser su esposa y has recibido por dote al Espíritu santo ; ¡ oh pobre alma, á la cual quisiera Él ver adornada de todas las virtudes, tu á quien quiere colocar al lado de los ángeles, ama al ménos á Aquel, que te da tantas pruebas de amor ; piensa en Aquel, que solo piensa en tí, y busca á Aquel, que te ha buscado á costa de tantos trabajos<sup>2</sup> ! » Admirables sentimientos !...

1. San Leonardo de Puerto-Mauricio, *Sobre el Paraíso*.

2. Manuel, t. XXII, p. 657, édic. Vivés.

¡ Qué dichosos seríamos, hermanos míos, si pudiésemos nosotros albergarlos en nuestro corazón ! É llos encierran lo que espera de nosotros nuestro buen Pastor : *Conozco á mis ovejas, dice, y mis ovejas me conocen, y escuchan mi voz.* ¡ Sublime y conmovedora comparación ! Habreis visto algunas veces corderos robados á una madre demasiado jóven y débil para criarlos ; una aldeana inteligente los ha criado con sin igual ternura ; observad como la siguen, la conocen y escuchan su voz ; oid sus balidos cuando é lla se ha separado de é llos. Así deberíamos ser nosotros con respecto á nuestro divino Pastor. ¡ Pero cómo ! un animal, un inocente cordero será mas agradecido que nosotros mismos ! ¡ O buen Pastor, que no solamente nos habeis criado con vuestra mano, sino que sois nuestro alimento por medio de la santa Comunión !... ¡ O admirable Pastor, que nos buscáis con sin igual amor, cuando nos hemos extraviado y habeis dado vuestra vida para arrancarnos de las garras de los lobos del infierno, os suplicamos, nos concedais la gracia de conocer bien vuestra voz ; de recordarnos á qué precio de dolores y sacrificios nos habeis rescatado ; de permanecer siempre en vuestro redil, de seguiros, amaros y bendeciros hoy, mañana y siempre... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

(JUAN, XVI, 16-22.)

### Vanidad de las alegrías del mundo comparadas con las alegrías del cristiano.

TEXTO. *Mundus autem gaudebit ; vos autem contraburghimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.* El mundo ménos repara, y vosotros estaréis tristes, pero vuestra los con ardo rnará en gozo.